

"La Kapilla" (micronésimo relato)

Francisco Javier Valois Calvo



Capítulo 1

Recuerdo la imposición de manos sobre la testuz delicada y gris de mi abuela.

Al traspasar el pequeño pórtico estilo "pastiche-kitsch", tres pequeñas aspas de San Andrés y una latina sobre la vertical de la pared, superpuestos cuatro adminículos embreados, con forma orgánica, color ébano. Al fondo dos pilas bautismales de un tamaño considerable; perchero cargado de capas pluviales, estolas, varios caftanes a modo de albas y una especie de kipá.

Recuerdo el olor, no era incienso, pero sí sándalo consumiéndose en delgadas varillas nacidas de candelabros dorados. Un facistol tallado en resina epoxi, es decir, tallado a través de un "ingenio" informático, soportaba cual súcubo castigado variados textos iluminados, forrados toscamente en plástico.

Recuerdo la imposición de manos sobre una ensortijada cabellera negra, masajeándola suave, las manos aceitosas, exhalaban un aroma penetrante, mientras una salmodia dialogada entre las dos mujeres, siempre firmes ante el espejo, dejaba entrever su conexión espiritual. Otras dos, participaban del lavatorio de pies, eso sí, ayudadas de unos pequeños pececillos rojo sangre, asustados cada pocos segundos por la que ejercía la tarea de lavarlos, debido a su empeño en desollar dichas extremidades.

Recuerdo un reservado a modo de confesionario, dos cortinones púrpura lo cerraban, cuyo cartel rezaba: "Llamar antes de entrar. Estamos tonsurando". La curiosidad de un niño es un cuerno de la abundancia que no tiene límites, además esa categoría infantil te da ciertas prerrogativas. Allí, cual Saulo de Tarso caído del caballo en el camino a Damasco, fui "iluminado".

Recuerdo como había entrado mi abuela en "La Kapilla", cansada, agotada, la mirada triste; y también recuerdo cuando salimos, yo era un niño de seis años pegado a su falda.

-Cielo, ya sabes que hemos ido a misa.

-Sí abuela.

Me dio un besazo de los suyos que me costó sudor y saliva quitármelo de encima, y recorrimos varias calles antes de llegar a casa. Estaba pletórica.

Hoy, después de quince años, he vuelto a pasar frente a aquel pórtico recargado, ya no se llama "La Kapilla", ahora es "La Basílica", por lo visto ha ascendido. Pero su función de "peluquería-sanatorio-rompedor" ha cambiado, ahora es un pub marca estándar. Quise entrar, pero recordé el tierno chantaje de la rompedora de mi abuela, del cual yo fui partícipe voluntario:

- "Cielo, ya sabes que hemos ido a misa".

- "Sí abuela, si me traes otra vez".

- "Claro, amor".

Y el susodicho besazo.